

Los rasgos psicosociales de la participación en las elecciones de 1994 y 2000 en el Distrito Federal

Manuel González Navarro
Josué Tinoco Amador*

Investigación centrada en la participación ciudadana desde la perspectiva de la psicología social. Así, se presentan los resultados de dos momentos importantes en la vida política del México contemporáneo. Las expresiones, opiniones y atribuciones que orientaron el comportamiento político y las preferencias electorales de los ciudadanos durante las elecciones presidenciales de 1994 y 2000. En ellas se observa la imagen que los ciudadanos elaboraron de cada proceso, de los partidos políticos y de sus candidatos. De esta manera se comprenden los valores subjetivos que orientaron al voto ciudadano.

Palabras clave: psicología política, voto, elecciones, partidos políticos, participación ciudadana.

Introducción

Se presentan las reflexiones en torno a los procesos psicosociales que intervienen y edifican la participación ciudadana. Éstos se refieren específicamente a los elaborados durante los comicios presidenciales de 1994 y de 2000. Los resultados se lograron a partir de dos investigaciones llevadas a cabo en la Ciudad de México en el contexto de la sucesión presidencial. Se exponen algunos resultados que permiten reflexionar sobre el fenómeno participativo y las preferencias electorales de los ciudadanos del Distrito Federal.

Dichas investigaciones hacen énfasis sobre tres procesos psicosociales considerados básicos en la psicología social y desde donde pretendemos examinar la formación y definición de la participación ciudadana. De esta manera, nos apoyamos en la categorización como pieza elemental que permite organizar y clasificar la información del entorno. Posteriormente,

* Profesores de la licenciatura en Psicología Social de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa. Correo electrónico: gona@xanum.uam.mx

en la comparación, para diferenciar a los actores políticos y designar su singularidad. Por último, la atribución de causa que permite analizar cómo los ciudadanos recrean sus problemáticas y le otorgan sentido a sus actividades.

Los resultados advierten, para cada circunstancia, una definición sustancial en cuanto a las formas de apreciación de los problemas sociales y de los actores políticos del periodo. Asimismo, una organización cognitiva particular de los elementos con los cuales los ciudadanos orientan sus puntos de vista, se proponen definir sus formas de participación y sus preferencias electorales. Las reflexiones finales reiteran la importancia de los procesos psicosociales como los generadores de la participación ciudadana. Las reflexiones no descartan la intervención de otros procesos instigadores.

La disyuntiva de la participación

La exploración que las diversas ciencias sociales emprenden en relación con la participación ciudadana debe discurrir sobre las aportaciones que la psicología social realiza a través de sus mecanismos de indagación y de los modelos teóricos que le subyacen. Tal invitación se ubica en la idea de que son los procesos psicosociales los que intervienen en el origen y la formación de este complejo fenómeno, ya sea facilitándolo, limitando su desarrollo o definiendo su trayectoria.

Consideramos que la participación es una actividad que los ciudadanos llevan a cabo para expresar sus preocupaciones, demandas sociales y puntos de vista sobre los asuntos de interés general (Constantino, 2000). Sus modalidades de expresión son diversas y obedecen al contexto en el cual se presentan. Igualmente, dependen del tipo de liderazgo que emerge, de su estilo y capacidad, así como del ritmo que tiene el entendimiento con la autoridad. En cualquier caso la participación busca siempre reconstruir el consenso (véase Álvarez, 1997).

De tal manera, asumimos a ésta como una actividad humana que tiene por objeto construir comunidad y ciudadanía. Su fundamento esencial se plasma en la distribución de información sobre los asuntos públicos (Cunill, 1991) que le conciernen y en mejorar la comunicación de la colectividad. Con la información se manifiestan los sentimientos de pertenencia y como consecuencia se emprende una comparación entre acontecimientos, actores sociales o alternativas de acción. La diferenciación que

se realiza de los actores centrales le proporciona al ciudadano la posibilidad de asumir una postura más clara y manifestar su opinión, al tiempo que intenta identificarse con alguno de ellos.

Se ha dicho que el fin más importante de la participación es la de “convertirse uno mismo en parte de una organización que reúne a más de una persona. Pero también significa ‘compartir’ algo con alguien” (Merino, 1995). Lo anterior quiere decir que el individuo busca ser integrante de una colectividad, sentirse envuelto en ella, compartir los beneficios de la vida en comunidad y asumir los compromisos que el grupo determine a manera de un estado de derecho.

Además de la información, son varios los insumos para el fomento de la participación: la valoración de la libertad de pensamiento y expresión, y la oportunidad de manifestar su opinión referente a los problemas sociales, los actores y las funciones que desempeñan, así como las posibilidades de resolución de la dinámica presente y futura. La voluntad de “estar dentro” es un soporte determinante de la acción colectiva e individual.

De manera más específica, la ciudadanía intenta organizarse de la forma que considera en mayor medida adecuada, la más conveniente a la defensa de sus intereses y frente a las controversias emergentes. Se refiere a la libertad que la sociedad le brinda a los grupos e individuos respecto al sentido de su pertenencia. Igualmente conforme a las creencias que se tienen respecto a los distintos objetos sociales. Las formas compartidas de la interacción simbólica y física. Surge, por esta vía, la capacidad de comprender y explicar el universo, el acontecer social y su devenir. En esto hay una infinidad de puntos de vista que están presentes permanentemente.

La participación se presenta como la posibilidad de fundar nuevas competencias ciudadanas a partir de determinados asuntos de la colectividad, al mostrarse con una cualidad propia y más explícita a manera de derechos y obligaciones. Sus modalidades de declaración son infinitas y se ostenta en la riqueza de las palabras, actos, deseos o aspiraciones. Este comportamiento colectivo y organizado, no sólo dibuja la necesidad del pasado inmediato, sino de las alternativas que los grupos humanos se fijan en la construcción de sí mismos. La definición de un nuevo modelo de sociedad, la distribución de la riqueza o el apoyo a ciertas actividades representa, hemos dicho, a la diversidad social.

Un requisito para la expresión de las ideas, para la confrontación de los distintos puntos de vista o alternativas ante las problemáticas cotidianas, se presenta en la búsqueda de oportunidades para convencer y propiciar

adhesiones. Se refiere al *espacio público* como el sitio donde las demandas concretas toman cuerpo y las decisiones emergen como una capacidad para deliberar frente al poder. La elección de alguien que represente estos intereses o posturas es una exigencia de las sociedades modernas. De esta forma, la participación toma cuerpo en la adhesión a un partido, a un candidato o a una idea de nación, comunidad o grupo. Es la manifestación pública y colectiva de necesidades y aspiraciones compartidas.

Por lo anterior, el sufragio puede ser considerado como una opción importante y sumamente valorada. No sólo por la oportunidad de ser y pertenecer a la colectividad, sino por la facultad que se tiene de elegir a quien lo represente para la defensa de sus intereses o la transmisión de información. Las elecciones pueden significar un sumario de historias y acontecimientos de la colectividad que se fusionan a la hora de votar o no, por quién y por qué razón.

Los procesos psicosociales involucrados en la participación

La formación y práctica de la participación ciudadana requiere ser disgregada en procesos más específicos. Un fenómeno de esta dimensión no puede comprenderse sino a partir de reconocer aquellos que lo constituyen. Por lo anterior, buscamos señalar algunos de los procesos psicosociales que son decisivos para entender la lógica de la participación ciudadana en la definición de la preferencia electoral.

Recurrimos a tres aproximaciones teóricas que proporciona la psicología social. Entre ellas hay concurrencias, pero también discordancias; sin embargo, nos pueden brindar elementos para comprender esta lógica y aproximarnos a dicho fenómeno.

Hemos considerado la teoría de la categorización social formulada por H. Tajfel (1972), la de comparación social desarrollada por L. Festinger (1954) y la teoría de la atribución causal de Jaspars y Hewstone (1986). Finalmente, las reflexiones apuntarán a una articulación entre ellas, con el objetivo de repasar el fenómeno que nos ocupa. Cada una nos permite visualizar diferentes aspectos de la génesis de la participación y su punto de arranque, para entender el panorama de las formas de participación de la sociedad durante los procesos electorales señalados.

La construcción del entorno social y su clasificación

Una actividad invariante de los grupos humanos radica en las acciones que buscan estructurar; sistematizar y ordenar su entorno social para hacerlo comprensible. Las acciones pueden sucederse respecto de personas, objetos o acontecimientos de importancia social. Así, se busca reconocer la regularidad o la lógica de las cosas. En consecuencia es necesario identificar o asignar atributos, sean éstos semejantes o diferentes. Al clasificarlos se hace comprensible el universo social.

En las investigaciones sobre el prejuicio y la identidad social Tajfel (1972) señala la necesidad del ciudadano de ordenar el entorno en términos de categorías, grupos de pertenencia. Señala que toda sistematización del entorno implica una simplificación, por lo que todo individuo puede operarla. Pero este sistema de clasificación debe adaptarse a un sistema de categorías preexistentes; salvo que el entorno sufra un cambio muy drástico, el sistema se adaptaría a los cambios.

Una consecuencia importante de esta teoría es que facilita observar cómo reconocen los ciudadanos a sus actores políticos y cómo establecen las diferencias y semejanzas entre ellos, lo cual les permite asignar categorías específicas. Esta diferenciación se funda en los valores presentes de la sociedad y les permite *condensar* su imagen. Se puede suponer que es a partir de esta última que se está en condiciones de concretar la preferencia electoral.

Sin embargo, un excesivo y riguroso sistema de clasificación no permite apreciar las posibles diferencias existentes entre los postulados, discursos, acciones y demás actividades de los actores políticos; esto provoca que la participación se active o no en función de esquemas ya establecidos con antelación, sin importar las novedades que los actores políticos tengan o los que el entorno vaya generando. Las categorías son un proceso bastante útil para el pensamiento social, pero también producen esquemas prejuiciados de percepción.

La diferenciación reafirma la identidad

Aunque añeja, la teoría de comparación social es la que ha rendido más frutos en la comprensión de los procesos de diferenciación social. Para Festinger (1954) existe la tendencia humana a evaluar las opiniones

propias, así como a las actitudes personales o grupales. Si los recursos disponibles no parecen suficientes, entonces se realiza a partir de compararlas con las opiniones de otras personas.

Así, la comparación que realiza un individuo sobre determinado objeto requiere la presencia de una entidad, individual o grupal, semejante. Con ella se acerca a los que se parecen. Pero se necesita, también, el punto de vista del diferente. El “otro” se convierte en un referente que asegura la posición asumida. Esta confirmación establece el elemento diferenciador y permite dotar al actor de una imagen más completa para el individuo.

Las comparaciones sociales entre los grupos tienen lugar cuando se forman ambientes conflictivos. En éstos, las distinciones se centran en las que presenta el propio grupo respecto a otros grupos. Lo anterior reafirma la pertenencia grupal y contribuye a consolidar la identidad y a construir una *imagen específica* que se tiene de los actores en contienda.

Presión explicativa ante la complejidad

Los fenómenos sociales complejos inducen a los sujetos a construir sistemas de causalidad que permitan su esclarecimiento. Una suerte de “sociología espontánea” que busca armonizar las relaciones sociales respecto de un asunto de importancia. La teoría de atribución causal (Jaspars y Hewstone, 1986; Hewstone, 1992) plantea cómo los individuos establecen una o varias razones específicas frente a los acontecimientos sociales o a las acciones de otras personas, imponiéndose éstas como una intención o voluntad expresa. De esta forma se establece para el sujeto una conexión entre el problema social de referencia y la causa atribuida.

Las atribuciones se basan en la necesidad de aprehender la lógica del entorno social a partir de un objeto social altamente valorado. Esto puede tener de soporte a las creencias sociales, a las expectativas elaboradas por la población en determinado momento o a los motivos expresados por los ciudadanos de su conducta. En cualquier caso, los determinantes toman la función de un conocimiento del sentido común y esto les permite orientar sus puntos de vista y justificarlos frente a otros.

Se acredita a los *determinantes informativos* las explicaciones causales. De esto nos enteramos por sus opiniones y puntos de vista. Asimismo, se potencian las expectativas basadas en la experiencia. La teoría guía en la comprensión de los elementos que los ciudadanos valoran para construir sus escenarios de acción política, y como consecuencia, su preferencia electoral.

Procedimiento

A partir de un instrumento que sirvió como guía de entrevista, se buscó conocer las opiniones y razones ciudadanas ante las disyuntivas de la sucesión presidencial. Asimismo se investigó la imagen que tienen los ciudadanos de los actores sociales y de los acontecimientos más relevantes, de los problemas sociales y los escenarios de acción en un contexto de promoción electoral.

El instrumento está inspirado en el cuaderno-cuestionario que formula la teoría de las representaciones sociales de Moscovici, 1962. Se creó a partir de preguntas abiertas y cerradas sobre la vida social y política, las cuales permitieran expresar las diferencias de los actores en la contienda electoral, las causas y soluciones a los problemas sociales y la evaluación del gobierno entre otras cuestiones (González, 1999). Las reflexiones que pretendemos abordar en el presente documento intentan reconocer algunas de las diferencias asumidas por la población sobre los contextos electorales de 1994 y de 2000.

La aplicación de las entrevistas se llevó a cabo en espacios públicos como parques, delegaciones, jardines, plazas, etcétera, para cada una de las delegaciones políticas del D.F., siguiendo su distribución conforme al Censo de Población y Vivienda de 1990. Para 1994 se aplicaron 800 entrevistas y 1 200 para el año 2000. La selección de los sujetos fue aleatoria, procurando cubrir las cuotas por sexo y edad en cada demarcación. Así, bajo la presencia de varios sujetos posibles se optó por elegir uno(a) de cada tres de los o las que se encontraban. En ambos casos la consulta se realizó en el mes de junio del año respectivo durante las primeras tres semanas.

La sucesión presidencial en 1994 y 2000

Los habitantes de la Ciudad de México participaron de manera activa en los procesos políticos electorales que dieron el triunfo a Ernesto Zedillo y Vicente Fox en 1994 y 2000 respectivamente. En cada contexto se elaboró una imagen global de la situación (González, 1999; González y Martínez, 2001). Pero ambas situaciones dieron la posibilidad de reconocer los procesos psicosociales que le permitieron al ciudadano construir su esquema de participación y orientar su preferencia electoral sobre determinado partido o candidato.

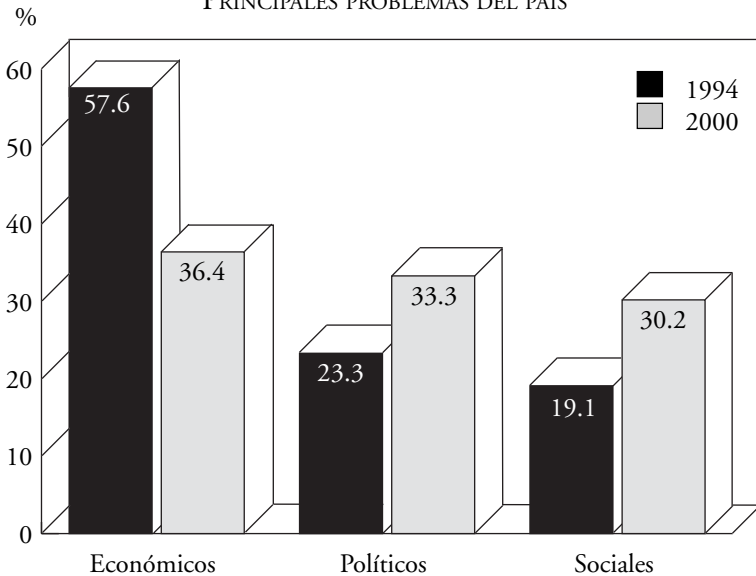
Existe una desigualdad enorme entre los dos contextos históricos de referencia. La ciudadanía los evaluó y se elaboró una imagen relativa de los mismos. De esta manera, las opiniones y los puntos de vista expresados formularon una consecuencia inicial, no sólo respecto de las atribuciones y escenarios, sino en la búsqueda de significados específicos.

Presentaremos algunos resultados con los cuales podemos ordenar nuestras reflexiones en dos niveles. Por un lado, las relativas a los procesos psicosociales antes señalados y su posible articulación. En segundo lugar, la que se ocupa de los escenarios políticos respectivos para proponer una reflexión sobre la cultura política del ciudadano del D.F.

a) *Los problemas sociales ante la elección presidencial*

La ciudadanía de la capital de la república fue consultada sobre los problemas sociales que percibe y en los cuales acepta se debe poner atención. Gran parte de las respuestas fueron asumidas desde las actividades personales y cotidianas. Es decir, se centraron en una perspectiva de carácter individual o familiar. La lista siempre fue enorme y tuvo que ser reordenada en categorías más precisas. Las agrupamos conforme a los asuntos de la

GRÁFICA 1
PRINCIPALES PROBLEMAS DEL PAÍS



economía, el empleo, el consumo y la producción; también a la vida política, los partidos y el gobierno. Finalmente, a las relaciones sociales, la seguridad y la cultura.

Cada contexto construye una jerarquía particular de sus dificultades, lo que le confiere un sello determinado a partir de identificar un aspecto que se exhibe de modo relevante. Mientras que en 1994 la preponderancia de los problemas era percibida en los asuntos económicos, como la carestía, la falta de empleos, el comercio internacional o la inflación, entre otros, los asuntos políticos eran calificados como menores, aunque no menos trascendentes. Pero frente al proceso político del año 2000 la percepción ciudadana fue absolutamente distinta. Si bien la jerarquía de los problemas no varió de posición, se observa un cambio en cuanto a la elevación de la importancia de los conflictos sociales y políticos, al tiempo de una disminución de los económicos, lo que establece una mirada de relativo equilibrio entre ellos.

Acorde a nuestra perspectiva se presenta un reordenamiento de los problemas sociales entre estas dos situaciones, lo que modifica la estructura de atención sobre los conflictos del país y amplifica la comparación que el ciudadano realiza de los partidos y candidatos. Lo anterior se manifiesta como resultado de la disputa partidaria, el debate sobre las alternativas sociales y sus posibles soluciones. Esto es que se presentó una dinámica efervescente en la dinámica del ciudadano y una influencia significativa de los diversos actores políticos. Al mismo tiempo, aceptación explícita de que los problemas del país no emanan exclusivamente del factor económico, sino también de lo político y lo social.

Observamos un cambio importante en la perspectiva ciudadana para el 2000, el cual se debió a múltiples acontecimientos que se sucedieron y repercutieron, así como otros más lejanos que se reelaboraron entre estos dos momentos políticos. Es necesario señalar que la identificación y clasificación de los problemas de modo distinto propicia la elaboración de un nuevo referente, en consecuencia, de una conceptualización para observar y constatar que la realidad del ciudadano es diferente.

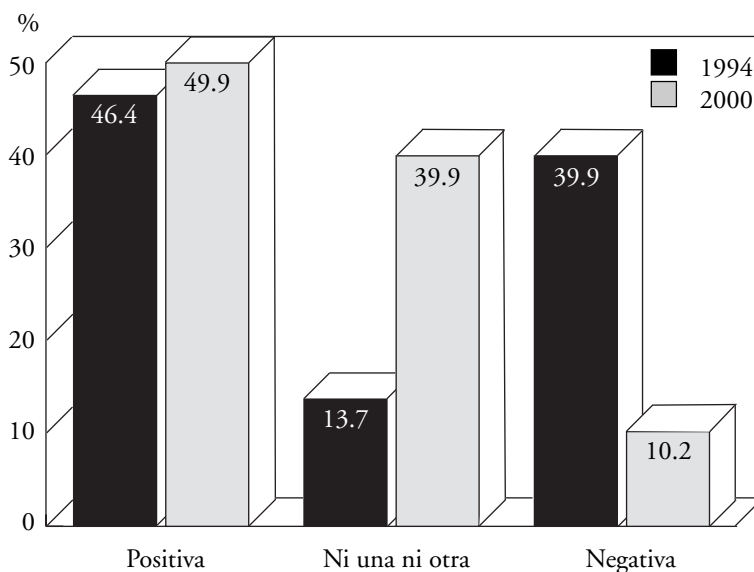
b) *Percepción del desempeño del gobierno*

Respecto de la evaluación del gobierno federal, los ciudadanos calificaron mejor la gestión de Ernesto Zedillo (presidente en el 2000) que la de Carlos Salinas (presidente en 1994). Se observa que la evaluación de Salinas es

más polarizada, ya que mantiene casi 40 puntos porcentuales negativos por 46 positivos, es decir, sólo seis puntos porcentuales de diferencia. En cambio, la valoración de la gestión de Zedillo tiene más atributos positivos que negativos en una distancia cercana a los 40 puntos porcentuales. La imagen es radicalmente distinta.

Una de las variables que explicaban la continuidad de la preferencia electoral y del voto por el mismo partido era la evaluación positiva de la gestión gubernamental anterior (Peschard, 1994). Visto así, la posibilidad de que la ciudadanía orientara su voto en la misma dirección debía ser alta, sobre todo para el año 2000 cuando la gestión de Zedillo fue calificada de manera más positiva que negativa. Sin embargo, tal parece que de cara a estas elecciones se presenta la ruptura de este criterio, o bien, una acumulación de puntajes negativos relativa a los sexenios pasados. Una forma de memoria colectiva. Si éste es el caso, nos encontramos frente a una imagen negativa encubierta, que se expresa más allá de la evaluación gubernamental y de la gestión de un personaje político. Entonces, no se puede entender una evaluación específica desprovista de una memoria, donde el Partido Revolucionario Institucional (PRI) representó un fantasma llamado corrupción

GRÁFICA 2
EVALUACIÓN DE LA GESTIÓN GUBERNAMENTAL



y desastre del país. Los resultados a los que aludimos dan cuenta de este largo proceso y de la asociación entre estos elementos (véase González y Martínez, 2001).

Pero en la evaluación parece existir una doble separación en lo concerniente a las declaraciones de los ciudadanos consultados. Por una parte, la gestión gubernamental es bien vista, calificada de manera positiva más para Ernesto Zedillo que para Carlos Salinas. Esto significa una desvinculación relativa en relación con el partido político que los postula. Si esto es así, entonces el ciudadano discrimina la imagen del partido y del presidente en turno de la del candidato para la elección. Así, se capta una disociación del presidente respecto de su propio partido, hombre-institución, así como de la relación entre el presidente y el candidato a la Presidencia.

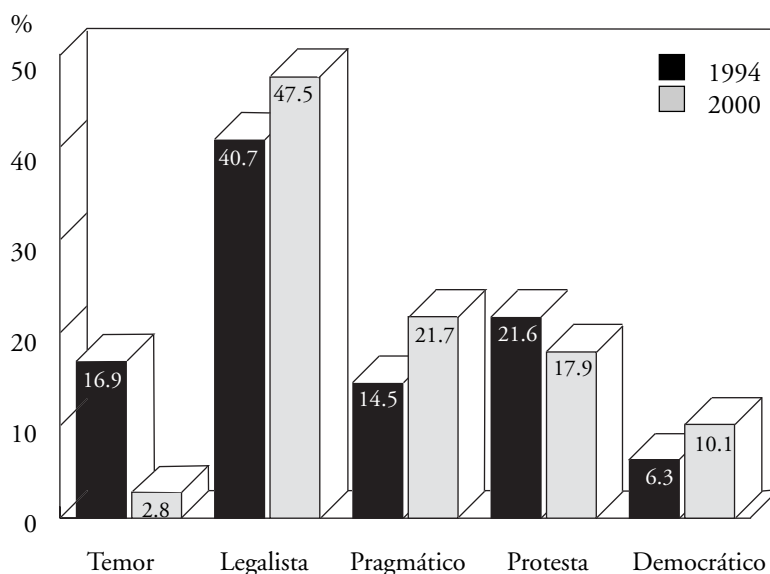
Esta triangulación de imágenes separadas, disociadas y con relativa independencia puede formularnos que el proceso de categorización elaborado por la ciudadanía es cada vez más refinada y logra establecer una identidad de los hombres políticos, en sentido individual, de los partidos políticos como instituto y de los candidatos para determinado cargo público. Si esto tiene lógica, lo que estamos analizando es una forma de comparación entre estas tres entidades y reconociendo que el ciudadano desarrolla una manera específica de participación al elaborar una abstracción de las cualidades e insuficiencias de cada ente político.

El argumento lo exponemos en la idea de que en una situación de *partido único de Estado* las evaluaciones del ciudadano tienen una asociación muy significativa entre estas entidades (presidente-partido-candidato). En contraparte, en una situación de pluralidad política y elevada competitividad, las diferencias se afirman y se expresan como una fisura que logra convertirse en una entidad distinta la cual propicia una identidad particular. Ésta es entonces una forma originaria de participación que el ciudadano elabora frente a los objetos políticos. De allí la importancia de la categorización y la comparación social en los procesos electorales.

c) *Razones del voto*

El razonamiento central del ciudadano en ambas elecciones lo constituyó la idea del cambio. Si bien en la de 2000 se impulsó en un esfuerzo colectivo por derrotar al PRI y eliminar la corrupción, en la elección de 1994 el escenario se evaluaba como conflictivo, violento y delicado. Así, los electores

GRÁFICAS 3
RAZONES DEL VOTO



determinaron las razones¹ específicas para su voto en cada situación. Esto permite caracterizar, no sólo su perspectiva sobre las circunstancias que vivieron, sino las que observaron con relación a los actores políticos presentes en la contienda. Es decir, reconocía la posibilidad del cambio de una manera significativa, pero la concretaba en una estrategia de acción a partir de significar su voto.

Éste no parece ser un razonamiento interesado en esencia, sino una acción reflexiva para enfrentar una situación que ha sido previamente evaluada, y estructurada de manera colectiva. No es una simple perspectiva de

¹ *Temor*: observación de amenazas que no benefician a su persona, familia o grupo, y que se tenga una idea de cambio violento que genere desorden.

Legalista: voto moderado que tiene conciencia política pero apegado a los valores de la educación, la información y el mantenimiento socioeconómico del régimen.

Pragmático: busca formas de recompensa, intercambio de prebendas con una estabilidad en el proceso de cambio.

Protesta: manifiesta cierta conciencia política sobre los asuntos públicos a partir de su educación, información, y expone las alternativas que pretende.

Democrático: mantiene una opinión considerablemente negativa del régimen político pero no le impide tener una opción electoral y estrategia del mismo tipo (Peschard, 1994).

estimación entre ganancia y pérdida, es un intento por seleccionar y acomodar factores que parecen relevantes para su situación personal y grupal, acorde a las propias circunstancias. Sin embargo, requiere simplificar los elementos disponibles para establecer una estrategia de acción.

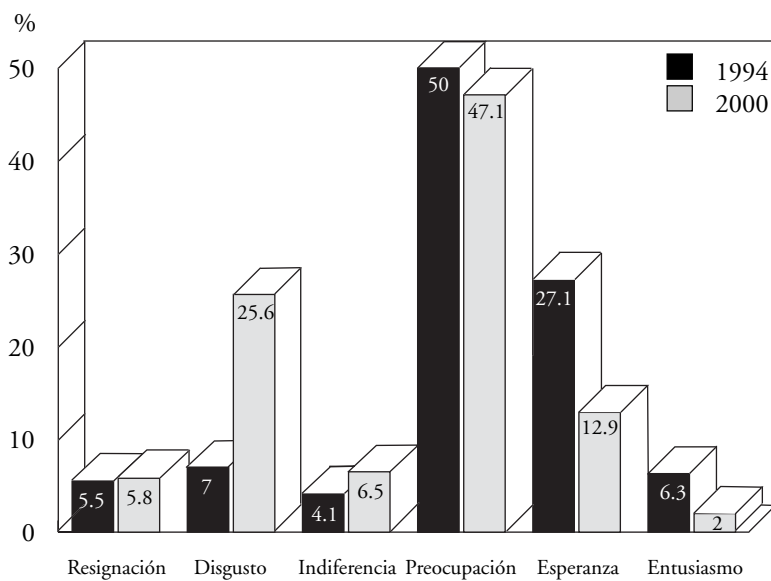
En ambos comicios la razón del voto legalista se colocó como el primer argumento para su elección. En 1994 el temor y la protesta fueron elevadas con respecto a la segunda elección, aunque en el año 2000 se incrementan la razón del voto pragmático y del democrático. La gráfica 3 muestra la significativa disminución de las razones del voto por temor y protesta en el 2000, lo que puede indicar mayor seguridad electoral ciudadana y, al mismo tiempo, asumir una elección en mejores condiciones que en la anterior. La valoración del voto como mecanismo para la transferencia del poder político se ha apreciado en estos años. De allí que los propios institutos, actores políticos y personajes individuales tomen algo de este dividendo. Es aceptado que los procesos electorales tienen ahora una mayor credibilidad, a pesar de ser reciente y tal vez vulnerable si consideramos que su sentido democrático aún es muy débil.

Si bien el voto ha sido considerado una actividad legalista en ambas elecciones, 40.7% y 47.5% respectivamente para 1994 y 2000, destaca en la primera elección el temor (16.9%) a que los cambios sean abruptos y violentos. En contraparte, sobresale en la de 2000 el sentido pragmático (21.7%), lo cual le otorga un sentido de oportunidad y pérdida de temor. Esto denota la importancia del sufragio, pero lo connota a establecer un significado específico al voto como una acción concreta de participación.

d) *Sentimientos sobre el país*

Una de las evaluaciones implementadas con la finalidad de reconocer el proceso de elaboración de esta mirada global se ubica en los sentimientos ciudadanos activos y pasivos, al igual que en su sentido positivo y negativo. Así, para 1994 los principales sentimientos expresados son la *preocupación* (50%) y la *esperanza* (27.1%). En cambio, para 2000 éstos son la *preocupación* (47.1%) y el *disgusto* (25.6%). Es de señalar que el sentimiento de disgusto está considerado un atributo negativo y activo. Es decir, dejando de lado la preocupación como el sentimiento más evidente, la ciudadanía cambia la esperanza por el disgusto, o sea, por un sentimiento de contrariedad, enfado y molestia.

GRÁFICA 4
SENTIMIENTOS CIUDADANOS RESPECTO DE LA SITUACIÓN DEL PAÍS



Una semejanza importante de estos dos momentos históricos que vivió la sociedad se concentran en el sentimiento de preocupación. En ambas situaciones lo experimentó la mitad de la población ciudadana. Éste es un atributo calificado neutro en la escala, pero que se presenta como activo en cuanto a las emociones e inquietudes de los sujetos. Sin embargo la diferencia entre uno y otro contexto se completa con los demás sentimientos expresados, lo cual indica una gran efervescencia frente a estos procesos electorales, pero con mucho mayor contundencia en el 2000.

Cabe añadir que el disgusto registra un incremento significativo, casi veinte puntos porcentuales entre ambas elecciones, lo que denota la situación emocional en la que se encontraba el ciudadano. Al mismo tiempo, la esperanza sufre una disminución de catorce puntos porcentuales. Esta pérdida ofrece mucho que pensar sobre el realismo con el que fue asumida la contienda y la enorme expectativa que despertaban sus resultados. En cualquier caso, la importancia que el ciudadano le otorgó a la elección recaía en la gran preocupación porque ésta pudiese ser fraudulenta y no respondiera a las expectativas del cambio anhelado.

Los procesos psicosociales y la vida política

Los diferentes procesos psicosociales nos permiten comprender las mejores condiciones para que la participación ciudadana se expanda y se exprese. Disponer de información le crea al ciudadano la tarea de organizar y estructurar su propia realidad a fin de orientar sus opiniones y sus preferencias. Pero este elemental proceso muchas veces no se logra, lo que dificulta que los otros se enriquezcan y se articulen.

Una primera actividad que realizan los ciudadanos se ubica en identificar los problemas sociales importantes para él y su grupo de pertenencia. Es necesario que esta identificación vaya de la mano de una clasificación de los que se presentan en el entorno social y al mismo tiempo de una denominación específica, lo cual proporciona la posibilidad de una mejor comunicación con sus semejantes y permite la organización y cohesión social. Sin duda, ésta es una actividad elemental en la vida del ciudadano organizado, pero no cuando las apreciaciones se establecen en la frialdad del ser individual.

La comparación que hacen los ciudadanos de los actores en contienda facilita la toma de decisiones. Pero la comparación no es posible si no se tiene como base la formulación de criterios básicos, jerarquía de los problemas y una comunicación horizontal que permita el intercambio de puntos de vista. De esta forma se desprende la necesidad de formular categorías referentes a los actores políticos. La participación se asienta entonces más sobre una organización colectiva de las problemáticas que las de una perspectiva individual. Ambas son importantes, pero la debilidad de la individual nos habla de la poca comunicación existente entre los propios ciudadanos. Las actividades electorales se activan bajo procesos de competencia y cooperación, es decir, de llevar la comparación a un ciclo de afiliaciones y adhesiones sobre principios reconocidos.

Se parte, pues, de la idea de que la decisión de votar o no y por quién no depende sólo de la situación económica, sino más bien de una condición social en la que el ciudadano, como ente colectivo y miembro de diversos grupos sociales, se encuentra en una circunstancia de organización del entorno. Así, su resolución es mucho más que la de un cálculo racional donde sólo apuesta a beneficiarse o a perder una oportunidad.

Verlo de otro modo indicaría que este sujeto está sólo a la espera de lo que el medio le otorgue y su actitud sería exclusivamente respondiente. De tal manera que la crítica, la ironía, el chiste o la burla de los actores políticos estaría ausente. Pero las evidencias de un ciudadano crítico, participativo en la medida de sus posibilidades, ingenioso y humorístico le permite

dotarlo de un sentido de orientación cognitiva respecto de su vida social. Éste es el ciudadano que concebimos, por lo cual rechazamos la teoría del ciudadano calculador y asumimos la de un ente organizador de sus propias circunstancias y con sus propias herramientas para asignarle un sentido a las cosas, dotar de un significado a los hechos sociales y proponer un sentido de pertenencia que le otorgue identidad. De otra forma estaríamos observando una isla sin continente que sólo arrastra complacencias inmediatas, sin memoria y sin porvenir.

La vida política en el México contemporáneo se presenta día con día más compleja. Paradójicamente, antes parecía más simple, dado que sólo apelaba a la interpretación de los intereses de un solo hombre: el presidente de la república. El centralismo en el cual se vivía tenía como pieza central el movimiento de los diversos grupos en favor de reforzar y legitimar las decisiones tomadas con antelación por el grupo en el poder y por quien lo representaba. Así, el proceso electoral, sobre todo el de la sucesión presidencial, resultaba sumamente predecible (lo que corresponde con los procesos de una fuerte y cerrada estructura de categorización). Sin embargo, la pluralidad expresada desde 1988 en el país ha hecho que la interpretación de la vida política sea cada vez más complicada y tenga una riqueza de factores que el ciudadano debe tomar en cuenta para hacer comprensible el fenómeno político.

Al igual que los analistas profesionales, el ciudadano tiene que elaborar diversas especulaciones, conjeturas, metáforas y tratar de concluir en una deliberación que le otorgue sentido y confirme sus sospechas o modifique sus estándares. La construcción de su razonamiento puede entonces parecer igual de complicado. Pero sus herramientas cotidianas le permiten reorganizar ese laberinto y orientar su comportamiento, simplificando los procesos y ordenando sus contenidos. De otra manera, la amplitud y confusión de elementos lo colocarían en una indefensión y le impedirían contribuir en algo a la colectividad y a su vida personal.

Pero la vida política del ciudadano es observada a través de sus propias acciones, comportamientos y declaraciones. En una palabra, en su contribución a la dinámica retomada por los actores políticos. Los ciudadanos elaboran sus propias versiones, con lo cual pueden establecer una evaluación y producir reacciones emocionales que se reproducen a sí mismas. Con todo esto construyen una imagen global que pueden reconocer y transmitir a otros, la cual advierte varias fases antes de objetivarse. Su condición general es la de un ejercicio de comunicación colectiva, de persuasión, de propaganda, que le facilita reconocerse como ente activo y miembro de una

colectividad. Por ello, sus impresiones se abren al conjunto social para ser rectificadas o mejoradas e intentan establecer una forma de relación consensual.

La posibilidad de articular los distintos procesos psicosociales antes mencionados en uno más amplio y complejo radica en reconocer que éstos coadyuvan en la formación de comportamientos alusivos a la sistematización de la información social y permiten la emergencia de nociones orientadoras del comportamiento colectivo, al mismo tiempo que éstos contribuyen en la construcción de escenarios de acción ciudadana y facilitan la transformación de las demandas sociales en derechos ciudadanos. Es entonces que la articulación entre opiniones, categorías sociales, comparación y atribución sobre los actores políticos y sociales que el ciudadano realiza se presenta como un complicado proceso de conocimiento y aprehensión de la realidad, de su realidad. Sin embargo, éste se objetiva como participación y establece una forma de comprensión y organización de la realidad abstracta sintetizada en una forma particular de relación con los asuntos públicos. Esta condición puede ser el sufragio y la preferencia electoral por alguno en particular. Así, se reconoce en la actividad cotidiana del ciudadano a un ente reflexivo, con emociones e ilusiones viables plasmadas en su práctica cotidiana.

La política es entonces una pieza ineludible donde las opiniones manifestadas en torno suyo obedecen a sus propias circunstancias sociales e históricas. El ciudadano las reconoce, las adopta y las reitera a sus propios grupos. Este lazo invisible lleva el sello de la confección elaborada en el proceso comunicativo, en la convergencia de intereses y en la conjunción de las diversas perspectivas sociales desprendidas de sus vivencias personales y colectivas.

Bibliografía

- Álvarez, L.
1997 *Participación y democracia en la Ciudad de México*, La Jornada/ Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México.
- Constantino, M.
2000 “Participación ciudadana”, en L. Olamendi *et al.*, *Léxico de política*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Cunill, N.
1991 *Participación ciudadana. Dilemas y perspectivas para la democratización de los estados latinoamericanos*, Centro Latinoamericano de Administración para el Desarrollo.

- Festinger, L.
1954 "A theory of social comparison process", en *Human Relations*, núm. 7, pp. 117-140.
- González, N.M.
1999 *Participación política ante la sucesión presidencial de 1994 en México*, tesis de maestría en Psicología Social, UNAM, México.
- González, N.M., y C. López
1997 "Los partidos políticos en México durante 1994", en *Polis* 96, vol. 1, Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), Iztapalapa, México, pp. 39-63.
- González, N.M., y E.L. Martínez
2001 "Los procesos psicosociales del ciudadano durante la sucesión presidencial del 2000 en el D.F.", en *Polis* 00, núm. extraordinario, UAM, Iztapalapa, México, pp. 219-246.
- Hewstone, M.
1992 *La atribución causal. Del proceso cognitivo a las creencias sociales*, Paidós, Barcelona.
- Jaspars, J., y M. Hewstone
1986 "La teoría de la atribución", en Serge Moscovici, coord., *Psicología social, II*, Paidós, Barcelona, pp. 415-437.
- Merino, M
1995 *La participación ciudadana en la democracia*, Instituto Federal Electoral (Cuadernos de Divulgación de la Cultura Democrática, 4), México.
- Moscovici, S.
1962 *El psicoanálisis: su imagen y su público*, Huemul, Buenos Aires.
- Moscovici, S., y M. Hewstone
1988 "De la ciencia al sentido común", en Serge Moscovici, *Psicología social, II*, Paidós, Barcelona, pp. 679-710.
- Peschard, J.
1994 "Las motivaciones del comportamiento electoral capitalino", en J. Alonso, *Cultura política y educación cívica*, Porrúa, México, pp. 21-61.
- Tajfel, H.
1972 "La categorización social", en Serge Moscovici, ed., *Introducción a la psicología social*, Planeta, Barcelona, pp. 351-387.

Artículo recibido el 19 de febrero de 2004
y aceptado el 31 de marzo de 2004